DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO C)

Vamos siguiendo a Jesús, que se dirige a Jerusalén, donde tiene que morir como Profeta. En este caminar- más teológico que geográfico- instruye a sus discípulos y a la gente en general, que le acompaña.

Primera lectura: Ex 32, 7-11.13-14: El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado.

El libro del Exodo nos cuenta cómo el pueblo de Israel, al pie del Sinaí, cometió el grave pecado de la idolatría, con el becerro de oro que se fabricaron y en torno al cual cantaron y bailaron, adorándole como el "dios" que les había liberado de Egipto.

Entonces se establece un interesante diálogo entre Yahvé y Moisés. Dios manifiesta su voluntad de exterminar al pueblo, a quien llama, dirigiéndose a Moisés, " tu pueblo", el que tú sacaste de Egipto", y se queja que hayan olvidado tan pronto sus obras milagros de liberación. A Moisés le promete que de él hará un nuevo gran pueblo.

Pero Moisés intercede por el pueblo, a quien llama, dirigiéndose a Dios, tu pueblo", "el que sacaste de Egipto"

Apela a la amistad que Yahvé tuvo con los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, y le recuerda las promesas que les había hecho y que ahora se verán frustradas si extermina al pueblo

"Y el Señor se arrepintió de al amenaza".

Para poder comprender los versículos, que la Liturgia usa, debemos estudiarlos en el contexto de estos tres capítulos 32-34 son de una gran densidad teológica, pero con cierta confusión narrativa

Esta sección tiene un profundo valor teológico: en el preciso momento en que el Señor está sellando su alianza con Israel en la cima del Sinaí, el pueblo lo rechaza en la falda del monte. El pecado es una apostasía radical que destroza las relaciones con Dios y pone en marcha un proceso de destrucción. Moisés tiene que hacer frente a la decepción divina: intercede por el pueblo apóstata y consigue el perdón y la renovación de una alianza que apenas existió. El mediador se agiganta; por su fidelidad al Señor y a los hermanos, la gloria se refleja en su rostro.

7. En aquellos días dijo el Señor a Moisés:- anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto.

Dios informa a Moisés, que está en su presencia en el monte, de lo que el pueblo está haciendo: es una violación del mandamiento capital. Dios le revela el propósito de destruirlo y de crear otro pueblo que comience con él, Moisés.

El juicio es claro y terrible. El uso de los posesivos en boca de Dios indica el rechazo del pueblo: como éste no le reconoce como salvador, el Señor de desentiende de los suyos.

8. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un toro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto.

Es un agravante que haya cometido el delito tan pronto.

La forma de culto aquí denunciada consiste en la representación de Dios en el símbolo de un toro; tiene conexión con el culto cananeo de la fertilidad y fue adoptado oficialmente en el reino del Norte por su primer rey Jeroboam (1 Re 12, 26-30). En la intención del rey y de su pueblo no es culto a un ídolo, sino al Dios que libró de servidumbre en Egipto. Su representación bajo ese símbolo no pareció indigna en un principio; pero sí cuando los guías religiosos percibieron que por ese camino el yahvismo se transformaba en una modalidad del culto cananeo

9. Y el Señor añadió a Moisés- veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz.

10. Por eso déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos Y de ti haré un gran pueblo.

Establecida la culpa, se pronuncia la sentencia: Dios propone a Moisés un nuevo plan para el futuro. Anulará la elección y aniquilará al pueblo, pues no hay esperanza de conversión auténtica. La ira que arde es castigo definitivo, arde hasta consumirse. Pero la historia continuará recomenzando con Moisés la elección de Abrahán: “de ti sacaré un gran pueblo” (Gn 12, 2). El plan se somete a la aprobación de Moisés: “déjame...”

11. Entonces Moisés suplicó al Señor su Dios:- ¿ Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta?

En su petición no justifica al pueblo, sabe que el pecado debe ser castigado; sin embargo, ofrece al Señor razones para perdonar. Apela al sentido de la responsabilidad divina y retuerce sus argumentos cambiando los posesivos: es su pueblo porque los salvó de Egipto. Finalmente invoca la fidelidad de Dios a su palabra. Moisés, además, no está dispuesto a formar un nuevo pueblo a costa de la destrucción de éste. Dentro del clima de la plegaria , tiene el sublime atrevimiento de pedirle al Señor que cambie de actitud, que se convierta , como si la decisión divina de condenar fuera pecaminosa

13. Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac y Jacob, a quienes juraste por ti mismo diciendo: multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre.

La liberación no ha comenzado en Egipto, sino con la salida de Abrahán; no se basa sólo en la alianza, sino en la promesa. Según esa promesa, Dios se ha comprometido a no romper la historia, sino a continuarla en la descendencia de Abrahán

La mención explícita de los patriarcas atrae su figura al presente contexto. Así apreciamos que la alianza del Sinaí no se basta. Siendo bilateral, al ser quebrantada por una de las parte, se quiebra. Necesita un punto de apoyo externo y más fundamental; es la promesa. La doctrina que desarrollará Pablo se encuentra aquí en germen. La promesa es unilateral y se basa en la misericordia generosa de Dios

14. Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

El amor de Dios a los suyos, el honor de su nombre, el mérito de los patriarcas, sumados al cariño que profesa a Moisés, logran el perdón. Y el Señor se arrepintió y vuelve a llamar su pueblo al que pensaba aniquilar

El salmo responsorial es el 50, aunque el estribillo no forma parte del mismo: "Me *pondré en camino adonde está mi padre"*

Las palabras del hijo pródigo arrepentido acompañan al texto del Miserere, reuniendo dos textos penitenciales clásicos. El texto del salmo continúa destacando la obra de Dios en la reconciliación del pecador: es Dios el que se compadece, el que limpia, purifica, hace renacer un espíritu firme y crea un corazón bien puro.

Segunda lectura: 1 Tm 1, 12-17: Pablo recuerda, agradecido, su vocación

Durante siete domingos leeremos fragmentos de las cartas a Pablo a Timoteo, uno de sus discípulos predilectos-"*verdadero hijo en la fe*"- a quien había colocado como responsable de la comunidad de Efeso.

En el pasaje de hoy Pablo muestra, en una especie de confesión general, su gratitud a Cristo Jesús por haberle elegido precisamente a él, que había sido " un blasfemo, un perseguidor y un violento", como pregonero de la Buena Noticia de Jesús al mundo.

El ministerio recibido de Cristo es el fundamento de la autoridad frente a los falsos doctores.

12. Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio.

Pablo da gracias a Cristo por haberle llamado a predicar el evangelio. Con esta vocación recibió también las gracias que le fortalecían, y desde entonces se ha sentido bendecido con nuevas gracias: "*...pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"* (Rom 5, 20)

13. Eso que yo antes era un blasfemo, un perseguidor y un violento. Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era creyente y no sabía lo que hacía.

El sentimiento de gratitud aumenta en Pablo al recordar que fue un acérrimo perseguidor de la Iglesia antes de su vocación. Sin embargo, cuando perseguía a la Iglesia, aún no había creído en Cristo. No sólo actuó así por ignorancia, sino que incluso se sentía impulsado por el celo de Dios.

14. Dios derrochó su gracia en mí, dándome la fe y el amor cristiano.

En Pablo se han manifestado las virtudes de la fe y el amor como consecuencias de las gracias recibidas. Fe y amor son las virtudes fundamentales que caracterizan al cristiano. A veces la fe y el amor se mencionan solas; en otras ocasiones se añade la virtud de la esperanza.

15. Es segura esta doctrina y debe aceptarse sin reservas: Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero

En cuanto a la fórmula: *es segura esta doctrina*, característica de las cartas pastorales, se utiliza para poner de relieve la verdad o seguridad de una afirmación. En este caso se trata de aplicar a Jesucristo el título de Salvador que en el saludo se reservaba a Dios Padre.

Al utilizar esta fórmula, Pablo llamaría simplemente la atención sobre una verdad fundamental que está enunciando, pero es más verosímil que trate de respaldar con su autoridad una cita tomada de algún himno o profesión de fe bien conocidos en la Iglesia primitiva

De los que yo soy el primero: Pablo se considera el más grande de los pecadores. Es una profunda expresión de humildad, muy parecida a Ef 3, 8: "soy el último de los santos [cristianos]

16. Y por eso se compadeció de mí: para que en mí , el primero, mostrara Cristo toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna.

Pablo es "el primero" en ser liberado por Cristo. Pablo siente la necesidad de exponer cómo se ha comportado Cristo con él; de esta experiencia surge la gratitud, el querer ser coherente, el vivir para El; pero también le urge como un deseo apostólico: que los demás vean esto para que se animen. Es apóstol en el doble sentido: enseña con su vida y con su predicación.

17. Al rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

En las epístolas paulinas son frecuentes las *doxologías*. La doxología es la celebración gozosa de una experiencia viva, grata, interior, sublime, que no se puede contener ni explicar, sino hasta cierto punto enunciar: "*Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén"*.

Pablo cita probablemente todo el versículo tomándolo de un antiguo himno cristiano.

En esta Carta, que leeremos durante tres semanas, Pablo explica cómo ante Dios no cabe el miedo, la tristeza, la estrechez de corazón, sino la sinceridad coherente de un cambio de vida, de desandar lo mal andado: " ... *Podéis fiaros y aceptar sin reversa lo que os digo: Que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero..."*. Se nos ensancha el corazón al escuchar estas palabras; ahora llegamos a comprender bien las parábolas del capítulo 15 de Lucas. La palabra última de Dios no es el castigo, sino el perdón.

Evangelio: Lc 15, 1- 32: Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta.

Hoy leemos todo el capítulo 15 de San Lucas. Esta parte ha sido llamada como *"el corazón del tercer Evangelio".* Se nos presentan tres parábolas: La oveja descarriada; la moneda perdida y la del hijo pródigo. Esta parábola es considerada como la obra maestra de todas las parábolas de Jesús; sólo se encuentra en el Evangelio de Lucas; algunos exégetas la designan como la del *hijo perdido*.

Es un capítulo largo éste que Lucas dedica a las tres parábolas del perdón de Dios. Vale la pena leerlo hoy este capítulo en si integridad. Aunque la parábola del hijo pródigo la hayamos leído el IV domingo de Cuaresma de este mismo ciclo, no resulta superfluo que volvamos a proclamarlo.

Los versículos 1-2 nos presentan la ocasión de las tres parábolas:

1. Entre tanto, todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo.
2. Los fariseos y los maestros de la ley murmuraban: éste anda con pecadores y come con ellos.

Las parábolas del perdón defienden e iluminan la actitud del Cristo (o de la Iglesia) que perdona los pecados de los hombres, rompe las barreras religiosas y convoca a los perdidos a su reino. Los representantes de Israel murmuran y se oponen ; se sienten orgullosos de su seguridad moral, piensan que la religión les pertenece y no soportan que alguien hable de un Dios que es de los otros. El de Dios de Jesús está rompiendo su estructura de seguridades humanas y la misma visión del misterio en que se apoya su piedad y su esperanza.

Ante Jesús caben actitudes diversas en lo referente al perdón": *En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle".* Postura, disposición buena, adecuada para obtener la salvación. Podemos incluir aquí al hijo menor de la parábola; él siente la urgencia vital de cambiar de proceder.
"*Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: « Este acoge a los pecadores y como con ellos»".* Este grupo no busca la verdad, su situación es errónea; también el hijo mayor se comporta de este modo": *El hijo mayor... se indignó y se negaba a entrar".*

Los versículos 4-10 presentan las parábolas de la oveja descarriada y de moneda perdida.
Jesús les dijo estas parábolas: «*Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿ no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra.* « *Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa... hasta que la encuentra?».*

Cualquier pastor que ha perdido una oveja coloca a las en sitio seguro y se arriesga buscarla la que falta. La mujer que ha extraviado una moneda no se ocupa de las otras; ilumina su morada y limpia todo hasta encontrarla. En ambos casos suscita el mismo gozo: la alegría de encontrar de nuevo aquello que estaba ya perdido. Pues bien, dice Jesús, la forma de actuar de Dios es semejante. No le basta

con los justos; no se ocupa simplemente de los buenos. Dios atiende especialmente a los que viven en peligro (15, 3-10). Este amor justifica la actitud de Jesús y de la iglesia con respecto a los pequeños, los perdidos, pecadores y extranjeros.

No sería acertada la interpretación siguiente o por lo menos no es ésta la intención: buscar la oveja y la moneda por puro egoísmo; aquí se trata de amor, de aprecio. Sin la oveja extraviada, sin la moneda perdida, no cabe la alegría, falta algo.

Para el Señor todos somos imprescindibles, necesarios. Dios nos ama, no por algún interés, sino por nosotros mismos.

"¡Felicitadme*!, ¡he encontrado la oveja extraviada!"* "¡*Felicitadme, he encontrado la moneda que se había perdido!".*

Dios no es un ser malhumorado, anhela con pasión de Esposo y cariño de Padre a los seres queridos: somos obra de sus manos.

Los versículos 11-32 nos presentan la parábola del Hijo Pródigo:

La parábola del hijo "perdido" tiene muchos parecidos con las anteriores; pero también bastantes peculiaridades. El hijo menor se pierde, porque quiere, se marcha de casa, sabiendo o intuyendo lo que le puede suceder. El recapacita y se da cuenta de que está fuera de su sitio, que no está bien donde ahora se encuentra: "...Recapacitando entonces se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre...»".

A él no se le busca, se le respeta, aunque su vuelta es muy deseada. El se pone en camino, quiere regresar a su casa, está arrepentido, de lo que ha hecho: "*Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo"*.

Presentamos una síntesis de la teología de la parábola y después anotaremos algunas peculiaridades de algunos versículos.

Sin recurrir a una exégesis alegorizante, es posible encontrar en la parábola una enseñanza bien precisa sobre el pecado y su naturaleza.

Es bastante claro que la parábola se propone contrastar dos conceptos de pecado y dos conceptos de "justicia"

Sin representar en sentido estricto a los fariseos, el hijo mayor tiene un concepto de "*justicia"* muy similar al de aquéllos: fundado sobre la idea de "*retribución*"; se preocupa sobre todo de salvaguardar el orden externo, más que asegurar la existencia de relaciones personales entre el hombre y Dios.

Ciertamente el hermano mayor forma parte de la familia, pero su espíritu es más bien el de un mercenario, no el de un hermano, ni el de un hijo. Para él el pecado es la violación de una estructura exterior, la desobediencia a un precepto, es decir una "trasgresión", que se manifiesta visiblemente.

A este concepto típicamente hebreo de "pecado", compartido por el hijo mayor, la parábola opone una ofensa a Dios: "Padre, he pecado contrae el cielo y contra ti" (vv. 18 y 21)

El secreto está en comprender dónde se encuentra la ofensa. Quizá en el haber "*devorado la hacienda*", como piensan ciertos autores, lo mismo que el hijo mayor (v. 30) Más bien, según la parábola, el hijo pródigo ha ofendido a su padre al rechazar ser su hijo, es decir, recibir todo de su amor, pretendiendo ser dueño de sí mismo. Este pecado lo expresa el hijo pródigo al abandonar la casa paterna (v. 13), según un concepto bíblico: el pecador se aleja del Padre celestial; si se convierte regresa a él

A través de su pecado, o más bien a través del perdón de su padre modelado sobre el pecado, el hijo arrepentido descubre el amor paterno, reencuentra – o experimenta por primera vez- los sentimientos del hijo.

15. Entonces fue a servir a casa de un hombre de aquel país, quien le mandó a sus campos a cuidar cerdos.

La vida disoluta del pródigo se había agravado por el hecho de que se había ido a vivir con los no hebreos, y a trabajar para un criador de cerdos. Vigilarlos, cuidarlos era una ocupación "impura"; estar dispuesto a comer su propia comida indicaba una forma de degradación imperdonable.

El contraste es de lo más hiriente: un joven judío y, además, de buena familia, obligado a hacer de porquerizo.

El cerdo se consideraba "impuro" en el judaísmo. Este detalle es un indicio de la degradación moral a la que se ve sometido el muchacho. La actitud rabínica sobre semejante actividad puede colegirse de la siguiente imprecación: " Maldito el criador de cerdos , y maldito el que instruye a su hijo en la sabiduría griega.

18. Me pondré en camino, volveré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

He pecado contra el cielo y ante ti. O también: "He ofendido a Dios y te he Ofendido a ti". La mención del "*cielo"* sustituye al nombre de Dios; en la ofensa que ha hecho a su padre, el hijo reconoce una dimensión más profunda: la ofensa al propio Dios.

19. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros"

Una vez otorgada la donación, el hijo no tenía ningún derecho legal a la ayuda de su padre. Pero, derechos o no derechos, la conciencia de la villanía de su comportamiento le afecta psicológicamente, hasta el punto de reconocer que no merece la consideración de hijo de tal padre.

24. porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado". Y se pusieron a celebrar la fiesta.

Estaba muerto y ha vuelto a la vida: Así terminará también la parábola (v. 32). En nuestro pasaje- tanto en el v. 24 como en el v. 32- la interpretación, igualmente figurativa, de *nekros* admite dos posibilidades : " dado por muerto" , ya que había dejado de pertenecer al ámbito de la familia, o "moralmente muerto", por el desenfrenado tren de vida.

31. Pero el padre le respondió: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo,

Tú siempre estás conmigo: Expresión de bondad del padre; ni un solo reproche, ni un desmentido, ni un comentario sobre la fidelidad del hijo. Todo eso se supone en un hijo fiel.

32. Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.

Este hermano tuyo: El Padre corrige las palabras de su hijo mayor en el (v. 30)

Las dos partes de la parábola se cierran con la misma tonalidad, centrada en el amor paterno. Las palabras del padre no pueden menos de expresar, en cada uno de los casos, el amor hacia sus dos hijos. De principio al fin, en toda la parábola, el verdadero protagonista es el padre

El capítulo 15 del Evangelio según Lucas se cierra con la proclamación lapidaria de que por encima de todo, incluso del pecado más inconcebible, está el amor y la comprensión del padre.